

TODOS

L. E. FLYNN

HÁBLAN

DE ELLA



FANDOM BOOKS

**TODOS
HÁBLAN
DE ELLA**

Título original: *All Eyes on Her*

1.ª edición: febrero de 2021

© Del texto: Laurie Elizabeth Flynn, 2020

Publicado por acuerdo con Imprint, sello editorial de Macmillan Children's Publishing Group, LLC.

Todos los derechos reservados.

© De la imagen de cubierta: Mikhail Prokhorov / Shutterstock.com

© De la traducción: Jaime Valero, 2021

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard

ISBN: 978-84-18027-19-2

Depósito legal: M-29306-2020

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

L.E. FLYNN

**TODOS
HABLAN
DE ELLA**

Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

*Para papá.
Siempre me sentiré orgullosa de que seas
mi padre, mi héroe y mi amigo.*

PRIMERA PARTE

Jack y Jill subieron la colina
a buscar agua en el pozo

ELLA

LA LUZ DE LOS FOCOS ES IMPLACABLE, MÁS BLANCA que amarilla, de la que no se encuentra en la naturaleza, por más que esta albergue muchas otras cosas implacables. La chica que está sentada bajo esos focos es una adolescente. Casi siempre aparenta más edad, pero hoy se la ve joven y asustada; sus ojos azules parpadean como los de una muñeca.

La entrevistadora le ha pedido que contara su versión de la historia. Así lo ha hecho, con la cabeza alta. Era la primera vez que tenía la certeza de que la estaban escuchando. Ahora toca la pregunta final.

La entrevistadora —la misma que concertó la entrevista, y la deseaba tanto que ofreció la puja más alta— mira a la chica con gesto serio. Tal vez haya reparado en algo que al principio le pasó desapercibido. Si te fijas bien, verás que hay algo por pulir en esa chica. Lleva una falda algo más corta de la cuenta, con las piernas al aire, sin medias. Un exceso de carmín. Y unos ojos que son como la luz de los focos. De esos que no se encuentran en la naturaleza.

—¿Qué quieres que la gente sepa sobre ti que no sepa ya? ¿Qué te gustaría decirles a todos los que han seguido tu historia?

La chica toma aliento, lo contiene. Seguro que es algo en lo que ha pensado muchas veces, repasando mentalmente las palabras, a veces con calma, a veces con frenesí. Cuando responde,

su voz va *in crescendo*, va subiendo de volumen. Mira directamente a la cámara. Suya es la última palabra.

—No os creáis todo lo que leáis —dice—. No os creáis todo lo que os cuenten. Juzgadme por vosotros mismos.

Estudiante de Princeton hallado muerto tras un accidente haciendo senderismo

Por Julie Kerr

El cuerpo de Mark Forrester, un alumno de Princeton de 20 años, fue hallado en el arroyo Claymore el sábado por la mañana. Forrester había salido de excursión por la senda de las Anémonas con su novia, Tabitha Cousins, de 17 años, a media tarde del viernes. Cousins declaró que Forrester quería llegar hasta el célebre, aunque peligroso, mirador del sendero, conocido en la región como «la Grieta», para ver la puesta de sol. Pero una vez en lo alto, perdió pie y se precipitó al vacío, en una caída de más de doce metros.

«Fue espantoso —señaló Cousins—. Mark estaba asomándose al borde y de repente desapareció».

Ni Cousins ni Forrester tenían experiencia como senderistas. La senda de las Anémonas, que tiene una extensión de 12 kilómetros, cuenta con varios letreros que alertan a los paseantes sobre los peligros de ascender al mirador. Se recomienda que solo accedan a él los senderistas experimentados.

Fue Cousins quien alertó del incidente a primera hora del sábado, tras lograr salir del bosque en la oscuridad. «Pedí socorro sin parar —declaró—. Pero no había nadie. Estaba muy asustada».

La muerte de Forrester eleva el índice de defunciones en el bosque de Queen Anne hasta un total de siete, desde que se registrara la primera en 1916. La Grieta recibió

el apelativo de «Barranco Suicida» durante los años sesenta, cuando tres mujeres que formaban parte de una secta saltaron al vacío, como parte de un pacto de suicidio. La última muerte acaecida hasta ahora se produjo en octubre de 1989, cuando los adolescentes Ernest Malling y Desiree Hind se fueron de acampada al bosque. Hind denunció la desaparición de Malling al día siguiente, tras asegurar que el joven se mar-

chó por su propia cuenta, pero el cuerpo no apareció hasta dos días más tarde. No se hallaron indicios de delito, pero la familia de Malling siempre sostuvo que Hind estuvo implicada de algún modo.

Un equipo de buzos de la policía halló el cadáver de Forrester. Le sobreviven sus padres, residentes en Coldcliff desde hace mucho tiempo, y su hermano.

TÚ

HAS OÍDO LA HISTORIA EN LAS NOTICIAS.

Una chica y un chico se fueron al bosque. La chica llevaba una cesta de pícnic. El chico, unas zapatillas de deporte amarillas. No pensaban quedarse hasta tarde, pero ya era noche cerrada cuando la chica halló el camino de vuelta, sin la cesta de pícnic y sin el chico. A él lo encontraron a la mañana siguiente, flotando boca abajo en el arroyo Claymore, con las zapatillas empapadas.

Has oído que fue una tragedia, que el chico tenía toda la vida por delante. Que iba a regresar a Princeton con una beca de natación. «Mark el Tiburón», así lo apodaban. Dentro de poco asistirás al funeral, igual que todo el mundo.

Has estado indagando sobre la chica en internet. Tal vez supieras que las sospechas recaerían sobre ella. Al fin y al cabo, hay un montón de lagunas en su historia. Pero también las hay en la versión de todos los demás.

Es posible que conozcas a esa chica, puede que hayas coincidido con ella en alguna fiesta. Le encantaba salir. O puede que simplemente hayas cotilleado su cuenta de Instagram y hayas visto todos esos selfis, su cara #sinfiltro, con los labios pintados y unos ojos azulísimos. Puede que ella te haya tratado como el

culo alguna vez. (Es probable que lo hiciera, y puede que te lo merecieras).

Pero ahora vas a conocer todas las vertientes de esta historia. Descubrirás lo que ocurrió en realidad, de labios de la gente que la conoce y la quiere y de aquellos que también han tratado con ella, pero desearían no haberla conocido nunca. Estos son los hechos. En cuanto los conozcas, podrás emitir tu propio veredicto. Culpable o no culpable.

Si crees que lo hizo, te preguntarás si se irá de rositas.

Si crees que no lo hizo, te preguntarás qué estaba haciendo en el bosque a esas horas de la noche.

ELLE

—ELLE, ES SOBRE MARK.

Me cuesta reconocer su voz. No es la primera vez que me llama a las dos de la madrugada; parece un búho, anda despierta cuando los demás estamos babeando sobre la almohada. No es la primera vez que me llama y parece asustada. Tampoco es la primera vez que empieza diciendo: «Elle, es sobre Mark». Las broncas cada vez son más fuertes, y el lapso entre ellas cada vez más breve. Al principio no llamaba, me escribía mensajes. Pero desde hace un tiempo necesita oír mi voz. O que yo oiga la suya.

—¿Qué ha hecho esta vez? —Me incorporo en la cama, me seco el sudor de la cara—. ¿Dónde estás?

—Se ha caído.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En el bosque, Elle.

—¿Cómo dices? ¿Está bien?

Con suerte, no se habrá roto nada. «Mark el Tiburón» necesita mantener intactas todas sus extremidades para continuar con su prometedor carrera como nadador. Aunque, al parecer, no le va tan bien como antes. «Me has arruinado la vida», oí que le decía a Tabby durante la última fiesta que di. Luego le pregunté por ello, pero ella negó que hubieran hablado de eso.

Tabby nunca me había mentido hasta que apareció Mark. Aunque yo no puedo decir lo mismo.

—Es grave, Elle. —Se le entrecorta la voz—. Mark no está bien. Está...

No hace falta que lo diga; su silencio ya me explica lo que ha pasado.

—Está muerto.

Y, durante unos segundos horripilantes —o puede que algo más—, me siento aliviada.

BRIDGET

TABBY DICE QUE LLEGARÁ TARDE A CASA, PERO QUE luego a lo mejor podemos ver algo en Netflix.

—Tú eliges —añade, para variar, porque lo normal es que nos tiremos más tiempo discutiendo qué ver que el tiempo que dura una película.

Está sentada ante su escritorio, antes de marcharse, mirando el mapa que le dibujé. Lo reconozco enseguida. Es la Grieta, imponente y amenazadora.

—No puedo creer que vaya a llevarte allí —le digo—. Tardaréis horas. Está superempinado y cuesta un montón llegar a la cima. Con este calor, será un infierno.

—Por eso me estoy preparando —replica ella—. Me llevaré tu mapa, como una buena *girl scout*. Así, si ocurre algo, no me perderé.

—Vaaale. —Arrastro la palabra, la estiro con mi boca como si fuera caramelo fundido.

—¿Qué es lo que te da tanto miedo? —Tabby se da la vuelta—. ¿Que se me trague el bosque? Soy la hermana mayor. Se supone que la sobreprotectora debo ser yo.

Hago la cuenta mentalmente. Aunque logaran recorrer cinco kilómetros por hora, no llegarían a la Grieta hasta después de las siete. Pese a todo, me consuela saber dónde estará y cuándo esperar su regreso.

—Te escribiría para decirte que estoy bien, pero en esa zona del bosque no hay cobertura —añade—. Al menos, eso creo. Pero no te preocupes por mí, ¿vale?

Más tarde, veo cómo se monta en el coche de Mark, con la cesta de pícnic colgando del brazo. Se ha puesto mis zapatillas, unas Nike rosas. No sabría describirlo, pero me siento inquieta en cuanto se marcha. Es como si supiera que no voy a volver a verla.

Tabby no regresa a casa a tiempo para ver una peli, tampoco me escribe para decirme dónde está. Mamá y papá empiezan a preocuparse a eso de las once, cuando siguen sin tener noticias suyas. Están en la parra. Tendrían que haberse preocupado antes incluso de que se marchara.

«Está muerta», grita mi cerebro. Me imagino las manazas de Mark, su sonrisa de chulo. Tendremos que identificar el cadáver.

—No vuelvas a salir. —Papá me encañona con el dedo—. Quédate donde pueda verte.

Ni me acordaba de haber salido. Me fui a correr, con el móvil en la mano, sujetándolo con fuerza, como si pudiera ser un arma en caso de necesidad, lo bastante duro como para fracturar un cráneo. Pero eso fue hace horas. Se me olvidó ducharme. Estaba como en trance.

A medianoche, mamá y papá están que se suben por las paredes. Yo estoy en el piso de arriba con la cara pegada a la ventana, como un niño pequeño que espera a Papá Noel.

Llaman a Elle, pero no responde. Igual son imaginaciones mías, pero creo que las cosas han cambiado un poco entre ellas últimamente. Tabby ya no pasa tanto tiempo con ella. Lo sé porque ahora Elle pasa ese tiempo conmigo.

A las doce y media, mamá y papá intentan convencerse de que Tabby no se ha dado cuenta de la hora. Dicen que pronto cumplirá los dieciocho, que de todos modos tendrán que aflojar-

le un poco la correa antes del curso que viene, antes de la universidad.

(¿Qué correa? No hay ninguna correa. No hay ni siquiera un collar. Tabby no es la mascota de nadie).

Se van a la cama. Yo me quedo despierta, con los nervios de punta, con un hormigueo por todo el cuerpo. Sé que ha pasado algo. Lo sé, y seguro que es una intuición de hermana. O puede que ni siquiera necesite esa intuición, porque cualquiera con dos dedos de frente habría visto que algo iba mal cuando Mark se empeñó en llevar a Tabby a la Grieta. Me imagino los ojos de mi hermana, asustados y abiertos de par en par. Su cabeza, estampada contra una roca, partida en dos como la propia Grieta.

La puerta no se abre hasta después de la una. Yo estoy en la mesa de la cocina, con mi móvil, revisando su perfil de Instagram en busca de alguna pista. La sonrisa melosa de Tabby durante todo el verano. El brazo de Mark rodeándola en todo momento. El mensaje escrito debajo de una de las fotos, en la que salen los dos mirando ligeramente fuera de plano: «Una oración por los espíritus libres que viven enjaulados».

La puerta se abre tan despacio que apenas la oigo. Parece como si mi hermana estuviera entrando a hurtadillas, como ha hecho miles de veces. Lleva el maquillaje corrido —recuerdo que me burlé de ella por pintarse para ir de senderismo— y le tiemblan las manos. Es más, le tiembla el cuerpo entero, como si fuera un fenómeno sísmico en sí mismo.

—¿Qué ha pasado? —inquiero—. ¿Dónde estabas?

No lleva el pelo liso como esta mañana, sino rizado —encrepado, más bien—, como cuando se ducha y se lo seca al aire. Entonces me fijo en sus piernas. Las tiene sucias; las manchas de tierra se entrecruzan sin apenas dejar un espacio libre. Mis Nike están empapadas, ahora parecen rojas.

—Bridge —dice Tabby—. Ha ocurrido algo. Mark se... se... se ha caído.

Entonces se desploma sobre el suelo de la cocina, y yo me doy cuenta de que Mark no va a volver.

KEEGÂN

¿CÓMO CREES QUE ME SIENTO? RECIBO UNA LLAMADA y me dicen que mi mejor amigo ha muerto. El tipo con el que estuve esa misma mañana resulta que está muerto.

Y enseguida sé por qué.

BRIDGET

LO QUE NADIE TE CUENTA ES QUE LA MUERTE NO acabó con el chico prodigio. Solo consiguió hacerlo inmortal. Puede que al principio no fuera del todo consciente, pero ahora sé que el funeral de Mark se ha convertido en el evento del año en Coldcliff.

Es preciso entender algo sobre nuestra comunidad. Está compuesta por unos 8000 habitantes y los folletos turísticos la definen como «acogedora». Si no has oído hablar de nuestra pequeña porción de tierra en el estado de Colorado, no eres el único. Nos encontramos a unos cincuenta kilómetros de Boulder, y la montaña más cercana es Longs Peak, así que nuestro pueblo suele pasar desapercibido. Como si fuéramos invisibles. Sí, la gente viene a hacer senderismo, pero rara vez se alojan en la zona. Cada localidad tiene sus cosas. Algunas son famosas por una madeja de cuerda gigantesca o por preparar el mejor perrito caliente del mundo. Nosotros tenemos la Grieta. «El Barranco Suicida». «El Pulgar del Gigante». Como quieras llamarlo. Básicamente, tenemos un pedazo de roca donde han muerto varias personas y, por algún motivo, otras personas quieren verlo con sus propios ojos.

Sobre todo ahora.

Ahora, cuando salgo a correr por el bosque, encuentro cosas en memoria de Mark. Varios miembros del equipo de natación

de nuestro instituto, Coldcliff Heights, dejaron gorros y gafas de natación en el sendero que conduce al mirador. Es su versión de las flores. Durante mi sesión de hoy, pisé una de esas gafas y me gustó ver cómo se hundían en el suelo humedecido.

Es preciso entender otra cosa sobre nuestra comunidad. Aquí cuidamos de los nuestros. Nos cerramos en banda para impedir el paso a los intrusos. Somos un pueblo pequeño y fortificado y, cuando uno de nosotros está en apuros, todos los demás arriman el hombro. Mickey, el propietario de la heladería Reid's, sufrió un accidente de tráfico hace un par de años y alguien montó una campaña en GoFundMe para costear sus facturas médicas. Todo el mundo donó algo. Mis padres dieron unos quinientos pavos. Así que, cómo no, alguien montó otra campaña para organizar el funeral de Mark y recaudaron una cantidad desorbitada de dinero.

Mis padres donaron.

También han asistido hoy al funeral. Como todos. Estamos en una iglesia abarrotada y hace mucho calor. Cruzo una mirada incómoda con un chico con el pelo rubio y rizado que no deja de mirarme. Lo normal es que los chicos se fijen en Tabby, pero este parece empeñado en ignorarla.

Es el único. Todos los demás están mirando a mi hermana. No les culpo. Tabby va de negro, igual que el resto, pero con ella ese color luce de otro modo, irradia mucha más vida.

—Ese vestido es demasiado corto —le dijo mamá antes de salir de casa.

—A Mark le gustaba —repuso Tabby—. Él habría querido que me lo pusiera.

Mamá no replicó. Esa es otra peculiaridad de los chicos prodigio difuntos: siempre tienen la última palabra.

La ceremonia es todo lo que cabría esperar de un funeral: aburrida y bañada en lágrimas. Un cura lee la Biblia. Todos incli-

nan la cabeza. Cuando miro a Tabby, ha bajado la vista igual que los demás, pero está mirando algo que lleva en la mano. Su móvil. Cuando advierte que la estoy mirando, sonrío ligeramente.

Cada persona vive el duelo a su manera. Pero a veces parece como si mi hermana no estuviera triste. Y en el fondo no la culpo, porque yo tampoco lo estoy.

El chico rubio se levanta y se sitúa detrás del atril.

—La mayoría no me conocéis. Soy Alexander, el hermano mayor de Mark. Llevo un año viviendo en Australia. Supuestamente, mi deber era protegerlo, pero él nunca necesitó protección. Si lo conocisteis, sabréis que era generoso por naturaleza, que se desvivía por los demás.

Una mujer rompe a llorar en la primera fila. Es la madre de Mark. Compartió un abrazo tenso con Tabby antes de entrar. Sé de buena tinta que era la primera vez que se veían. «Siento que soy un secreto —me contó Tabby en una ocasión—. Que solo existo cuando Mark quiere que exista».

—Mis padres me pidieron que dijera hoy unas palabras, y eso es todo lo que puedo ofrecer —prosigue Alexander—. Me gustaría que todos recordais a Mark tal y como era. Fuerte, inteligente y bueno con todo el mundo. Habría logrado grandes cosas, pero no pensemos en lo que no pudo llegar a hacer. Pensemos en lo que consiguió mientras estuvo aquí, y vivamos como a él le habría gustado que lo hiciéramos. Dando gracias, con coraje y honestidad.

Sigue hablando un rato, comparte algunos recuerdos de su infancia con Mark. A mi lado, Tabby bosteza. Estos días ha dormido mal. De pequeñas, insistíamos en compartir cuarto, pese a que cada una teníamos el nuestro en la casa de dos pisos de Rochester. Dormíamos en el suelo, acurrucadas en un saco de dormir. Entonces, mi hermana se hizo mayor, y los dos años que nos separan se hicieron notar. Tabby tenía su propia vida, dema-

siado escurridiza como para que yo pudiera aferrarme a ella. Cuando nos mudamos a Coldcliff, Tabby cubrió su puerta con una cinta de plástico, como las que se ven en las escenas de los crímenes en la tele. Lo hizo en broma, pero en el fondo enviaba un mensaje claro. Estaba protegiendo su nueva vida, la estaba custodiando como si fuera un dragón. Y lo sigue haciendo.

Elle se encuentra varias filas más atrás, con sus padres. Su madre tiene la mirada fija en el cogote de Tabby. Adora a mi hermana, y sé que está preocupada por ella. Tabby es la clase de persona a la que adoras u odias. Con ella no hay término medio. En cambio, yo siempre estoy a medio camino, encajada en el centro de los acontecimientos, hundida bajo su peso colectivo. No tengo enemigos, pero tampoco a nadie que me profese su amor.

Cuando por fin termina el funeral, empezamos a salir de la iglesia al amparo de la burbuja caliente de humedad en la que se ha convertido Coldcliff. Creo que ahora van a enterrar el cuerpo de Mark en el cementerio, pero es una ceremonia privada, solo para la familia. Sin Tabby. Me alegro de tenerla para mí sola. Como también me alegro de que no dejaran abierto el ataúd. Corren rumores de que se partió la cabeza, y eso no hay maquillaje capaz de disimularlo.

Alexander se acerca cuando ya casi estamos fuera. Mis padres se han adelantado, cogidos de la mano, desorientados, como zombis de extrarradio. No saben cómo tratar con Tabby. No lo saben desde hace tiempo.

—Hola.

Alexander saluda a Tabby. Me lanza una mirada, pero es más bien una advertencia. «Tú no pintas nada en esta conversación». Fijo interesarme por el crucifijo que hay en la pared, por el Jesucristo demasiado realista que está clavado en él, con cercos sanguinolentos alrededor de las uñas.

—No tendrías que haber venido —le dice Alexander a Tabby—. No eres bienvenida. No quiero montar un número delante de mis padres, pero ni se te ocurra acercarte a nosotros.

—Venga ya —dice Tabby, con voz almibarada—. No pensarás en serio que...

No oigo la última parte, porque el entrenador Taylor se acerca y me pregunta qué tal estoy, como si hubiera sufrido una pérdida.

Como si esto no fuera más bien una victoria.

No me malinterpretes, no soy una psicópata. No fantaseaba con la idea de que Mark se despeñara y muriera. Pero no es ningún secreto que soñaba con que se largara. Mark no sacaba lo mejor de mi hermana. Sacaba algo muy distinto, aunque sigo sin saber el qué. Qué fue exactamente lo que despertó en ella.

—Hola —dice Tabby, entrechocando nuestras caderas—. Hola, entrenador. ¿A que mi hermana es una superestrella? Estoy deseando ver cómo vuelve a triunfar este año.

El entrenador sonrío.

—Bridget tiene mucho talento. Estamos deseando que empiece la temporada de *cross*.

—Iré a todas las carreras —dice Tabby—. Seré tu animadora personal.

Suelto una carcajada. El entrenador se ruboriza, te lo juro. No creo que sea mucho mayor que Mark, tendrá veintipocos años y el rostro aniñado. Tabby provoca esa reacción en la gente, hace que sus corazones se aceleren un poco más de la cuenta. Quizá sea su manera de decir las cosas. Se refería a que sería mi animadora personal, pero creo que el entrenador lo interpretó como si fuera a animarle a él.

—¿Qué te ha dicho el hermano de Mark? —le pregunto mientras cruzamos el aparcamiento en dirección al Toyota Camry de papá.

—Me ha dado las gracias por venir —responde Tabby—. Ha significado mucho para su madre.

Pero eso no es lo que yo escuché. Tabby está mintiendo, y no sé en qué otras cosas me habrá mentido.

Mark está omnipresente durante el trayecto hasta casa. Alguien ha puesto una valla publicitaria con su cara. Es una foto suya en la piscina, después de uno de sus campeonatos de natación, golpeando el agua con sus gigantescos puños. Se le ve eufórico. «EN MEMORIA DE MARK FORRESTER», dice el letrero. Hay varias coronas de flores colgadas de las farolas que flanquean la calle Mayor, en el centro. Son doradas, porque ese es el metal que habría ganado Mark en las Olimpiadas algún día. Son doradas, porque Mark sigue ostentando un puñado de récords de natación en el instituto y los campeonatos estatales de Colorado, así que su nombre es inmortal. Son doradas, porque Mark era el chico de oro y ya nunca perderá su lustre.

Tabby mira por la ventanilla y se frota los ojos, aunque creo que no ha derramado una sola lágrima.

Nuevos hallazgos sobre la muerte del senderista de Princeton

Por Julie Kerr

Tras realizar la autopsia, se ha determinado que Mark Forrester, de 20 años, falleció a causa de un ahogamiento. Los informes preliminares apuntaban a una caída desde la Grieta, el mirador situado en la senda de las Anémonas, como la causa más probable de su muerte. Pero la autopsia ha revelado que Forrester seguía vivo cuando cayó al agua, a pesar de sufrir una contusión severa en la cabeza. La hora del deceso se ha establecido en torno a las 21:36, varias

horas después de que Forrester y su novia, Tabitha Cousins, fueran avistados por otro senderista en la senda de las Anémonas.

También se han avistado buzos de la policía en el arroyo Claymore. De momento, la policía no ha confirmado si existen indicios de delito, si bien las redes sociales siguen al rojo vivo con comentarios sobre Cousins y su comportamiento durante los días previos al incidente.

ELLE

NO SOY LA BUENA AMIGA QUE TODOS CREEN QUE soy.

Hoy me he venido con Tabby al centro comercial Forest Glen, a comprar ropa para el nuevo curso escolar. Es algo que hacemos juntas normalmente, salvo que nada ha vuelto a ser normal después de lo de Mark. Tabby dice que necesita seguir adelante con su vida y no pensar en la muerte.

—Es lo que él habría querido —alega.

Vuelvo a tener el vientre plano. Tabby hace un comentario al respecto cuando me pruebo una camiseta que enseña el ombligo.

—Qué tipazo tienes. Cómpratelo. Este año vas a tener el mejor cuerpo del instituto.

—No exageres —replico—. Lo tendrás tú.

Como siempre. Tabby tiene un cuerpazo de modelo, firme y terso.

—Ya veremos —dice—. Entonces, ¿has hablado ya con él?

—¿Con quién?

—Venga, Elle —replica, apoyándose el pulgar en la barbilla, como hace mi madre—. Ya sabes a quién me refiero. ¿De verdad no habéis hablado?

—No hay nada de qué hablar.

—Vaaale —dice, alargando la palabra—. Pero fingir que no pasó nada no hará que desaparezca el problema.

Se equivoca. Tengo el mismo aspecto que antes. Mejor, incluso. Estoy más bronceada y en forma desde hace un par de semanas, desde que murió Mark, un tiempo en el que Tabby y yo hemos ido a Crest Beach casi a diario. Tabby asegura que es el único sitio donde se siente normal, contemplando el mar.

Tabby cree que conoce toda mi historia. Y la conoce casi entera. Pero en su versión falta un capítulo fundamental, y pienso asegurarme de que nunca llegue a leerlo. Porque nos destruiría.

Cuando estamos comiendo, en la zona de restaurantes —yo he pedido ensalada, sin aliño—, noto que la gente nos está mirando. No, a las dos no. A Tabby. Suele pasar. La gente gira la cabeza al pasar ella; creo que es por sus ojos, por lo azulísimos que son. Se paran a comentarlo y se preguntan si son de verdad.

—Pues claro que lo son —responde ella siempre—. ¿No ves que los tengo en la cara?

Pero esto es diferente. Nadie se acerca. Guardan las distancias, cuchichean entre ellos. Juzgan, critican. Conozco bien esas miradas. Hace muy poco, a mí también me han mirado así.

—¿Por qué nos miran? —pregunto—. ¿Porque eres la viuda del difunto?

Seguramente te parezca un comentario grosero. Desconsiderado. A lo mejor piensas que soy una arpía. No pasa nada. La gente ha pensado cosas peores de mí. Pero no tengo nada que ocultar. La muerte de Mark no me entristeció. No lloré en su funeral. Acudí solo porque mi madre me llevó a rastras y, si lo hizo, fue porque adora a Tabby, porque la ve como a una segunda hija. Sí, mi madre quiso que asistiéramos para arroparla.

(Antes he mentado: sí que tengo cosas que ocultar. Pero no tienen nada que ver con mis sentimientos hacia Mark. Todo el

mundo llora la pérdida de un chico que no existía. A mí no me gustaba la versión real, así que no lamento que se haya muerto).

—Debe de ser —responde Tabby, entre un bocado y otro de su sándwich.

Desde que murió Mark, ha recuperado el apetito. Cuando estaban juntos, él siempre se metía con lo que comía Tabby. «Mark quiere que deje la comida basura». «Mark opina que me pondría antes en forma si dejara de tomar azúcar». «Mark dice que el senderismo me tonificaría mucho el culo y las piernas».

Mark quería. Mark opinaba.

La gente no deja de mirarnos en todo el día. Mientras Tabby conduce de vuelta a casa, le hago una peineta desde la ventanilla a una panda de marujas con chaquetas de punto. Me suenan sus caras. Me han juzgado. Que hablen.

Después de cenar, me meto en Facebook. Y entonces lo veo. Es un enlace a un artículo del *Coldcliff Tribune* sobre la causa de la muerte de Mark. Lo ha compartido Lou Chamberlain. Ella odia a Tabby.

«Ahogamiento». Se me encoge el pecho, como si mi piel hubiera menguado. Todo el mundo daba por hecho que murió cuando se golpeó contra las rocas. Hay una ironía horrible y retorcida en ello. «Mark el Tiburón», vencido por un arroyo fangoso.

Pero no es el artículo lo que me pone la piel de gallina. Son los comentarios que hay debajo, los que se refieren a Tabby.

«Aquí hay algo que no encaja. ¿Por qué no bajó a comprobar si estaba bien?». Eso lo ha escrito Lou.

«Discutieron en la fiesta de Elle, todo el mundo lo vio».

«Seguro que sabía que Mark iba a romper con ella y se le fue la olla. Ya sabéis el carácter que tiene, ¿no? Una vez le hizo una peineta al señor Mancini».

«¡¡¡Estuvieron discutiendo por el bebé!!!».

Dejo de leer. No necesito ver más. Quizá fuera inevitable, y yo sabía que esto iba a pasar. La gente está eligiendo bando. No solo ven a Tabby como la viuda de Mark.

También la ven como su ejecutora.

Extracto del diario de Tabby.

23 de julio de 2018

He conocido a un chico y ya estoy enamorada de él. ¿Cómo es posible? Ni siquiera sé por qué estoy escribiendo esto. Supongo que porque, si algún día quiero ser escritora, me viene bien ponerlo todo por escrito. Casi nadie conoce esa faceta mía: quiero dedicarme a escribir. Es un sueño demasiado ambicioso como para compartirlo con alguien.

Pero estaba hablando de Mark Forrester. Sé que él también me quiere. Puede que sea el elegido. Elle me ha dicho que aún es pronto para saberlo, pero ella nunca se ha enamorado, así que no puede entenderlo. Mark tiene todo lo que los demás chicos no tienen. No le da miedo demostrarme que le importo. Incluso me trajo flores a una cita, unas rosas rojas. Voy a secar una para enseñársela a nuestros hijos algún día.

Supongo que por eso estoy escribiendo esto. Porque es otro sueño demasiado ambicioso como para compartirlo con alguien. Y necesito que se haga realidad. Por eso no puedo contarlo. A nadie le gusta que alguien pueda ser tan feliz.

ELLE

ME PARECE IMPORTANTE PONERTE EN ANTECEDENTES con Tabby. Necesitas saber cómo conoció a Mark. Fue a raíz de mí, así que todo esto es culpa mía, en parte. El verano pasado, la obligué a ir a jugar al minigolf, porque mi padre tenía un Groupon que no quería desaprovechar.

—Odio el minigolf —dijo Tabby—. Tienes que ponerte esos zapatos tan feos que se han puesto miles de personas antes que tú.

—Eso es en la bolera. Si me acompañas, te prometo que luego te invitaré a un helado.

Pero nunca llegamos a tomarnos ese helado. Fuimos tan lentas con nuestra partida que el grupo que iba detrás —una panda de chicos que parecían unos años mayores— nos alcanzó. Tabby ya estaba harta y metió la pelota en el hoyo de un puntapié.

Uno de los chicos se echó a reír. Tabby se dio la vuelta y le dijo:

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tu... técnica. Es interesante. —El chico se apoyó sobre su palo de golf.

—¿Y tú sabes hacerlo mejor?

El chico se encogió de hombros.

—Bueno, al menos no necesito usar el pie.

—¿Qué quieres que te diga? Si surge un problema, lo soluciono. No necesito que venga un machito a darme lecciones.

—¿Lecciones? —El chico se estaba riendo, pero Tabby no.

—Sí. Cuando un flipado le dice a una chica cómo tiene que hacer las cosas.

Y así fue como empezaron. Tabby siempre estaba obsesionada con la idea de tener a alguien con quien discutir. Sus padres seguían juntos, pero, más que personas reales, parecían fichas de un juego de mesa. No discutían ni peleaban, porque a ninguno de los dos le quedaban fuerzas para hacerlo.

Tabby adoraba a Mark. No era el novio perfecto, pero ella tampoco era la novia perfecta. Se hacían daño sin querer. Se hacían daño queriendo. A veces hay una línea tan fina entre esos dos extremos que no te das cuenta hasta que hincas el puñal metafórico tan a fondo como para tocar hueso.

Deja que te cuente algo sobre Tabby y sobre mí. Somos amigas desde la primera semana de curso en segundo de secundaria, y fue la sangre lo que nos unió. Concretamente, yo estaba sangrando cuando apareció ella. Estaba contemplando mi ropa interior en un cubículo del baño del colegio, frotando como una loca el tejido rosa de mi falda con un puñado de papel higiénico, rezando para que desapareciera la mancha. Esperé a que no se oyera nada antes de salir del cubículo e intenté separarme la falda del culo y meterla debajo del grifo. Así fue como me encontró Tabby. Era la chica nueva y ya corrían rumores sobre ella. Que venía de Nueva York, que su padre era un músico que tuvo mucho éxito en los noventa, que era modelo infantil, que no era virgen. Que la enorme cruz negra que a veces llevaba colgada del cuello estaba llena de cocaína.

Supe que me echaría a llorar en cuanto se riera de mí, con la falda empapada y la ropa interior llena de sangre. Me preparé

para el impacto. Pero ella se limitó a meter una mano en su bolso y sacó un tampón.

—Toma —me dijo—. Siempre llevo de sobra.

No quise decirle que era la primera vez que me venía la regla, un momento que sabía que mi madre querría celebrar conmigo cuando volviera a casa del colegio. No sabía cómo utilizar un tampón, aunque me daba mucha vergüenza confesárselo a Tabby. Pero no me hizo falta.

—La primera vez que me bajó la regla, estaba en una fiesta en una piscina. Llevaba un bikini blanco. Entonces comprendí que Dios no existe. —Soltó una carcajada, aunque más bien sonó como un bufido—. Estos tienen un aplicador de plástico. Que yo sepa, no existen de otro tipo. Solo tienes que ponerte en cuclillas y empujarlo hacia dentro. Estaré aquí, por si necesitas ayuda.

«Ojalá no la necesite», pensé. Por suerte, solo tuve que intentarlo durante un par de minutos en el cubículo hasta que entró sin oponer mucha resistencia. Cuando salí y me lavé las manos, Tabby se había quitado su camisa de cuadros, varias tallas grande, y me la anudó a la cintura.

—Listo. Ahora nadie sabrá lo que ha pasado. Además, te da un aspecto más guay.

Me reí, ella también. Quise abrazarla, pero me contuve. Me pasé la noche entera rayada, pensando que Tabby le habría contado a todo el mundo lo de mi periodo y el estropicio que había organizado. Pensé que resultaría incómodo cruzarme con ella por el pasillo al día siguiente, pero no fue así. Ella se acercó a mi taquilla y empezamos a hablar y, desde ese momento, ya no dejamos de hacerlo. Tabby hablaba en serio cuando dijo que nadie se enteraría jamás de lo que había ocurrido.

Tabby y yo tenemos cosas en común. A las dos nos llamaron así por nuestras abuelas —Tabitha y Eleanor— y las dos odia-

mos nuestros nombres, así que cuando empezó el instituto nos los cambiamos por el diminutivo. Ella se convirtió en Tabby y yo en Elle; nos transformamos con la pérdida de esas letras sobrantes. Y eso no era lo único que queríamos perder.

A las dos nos gusta ser el centro de atención. A veces parece como si nos disputásemos un foco que ni siquiera existe. A mí no me basta con orbitar alrededor de su astro, y a ella le pasa lo mismo conmigo. En el caso de las chicas, suele haber una amiga a la que no le importa quedar en segundo plano para hacer destacar a la otra, en el papel de cómplice, leal y un poco tímida. En ese sentido, nos falta equilibrio; las dos somos extrovertidas, queremos que la gente se fije en nosotras. Y a veces se fijan demasiado.

A las dos nos gustan el programa *Real Housewives*, el karaoke y los jalapeños. Nos encanta Halloween, porque nos permite disfrazarnos sin que nos juzguen por querer enseñar chicha (al menos, no nos juzgan tanto). Nos pasamos la vida en Snapchat, poniéndonos filtros en la cara. Queremos irnos de viaje juntas cuando terminemos el instituto, aunque no nos ponemos de acuerdo con el destino. Tabby prefiere Australia y yo voto por Tailandia. Algún sitio donde podamos trabajar de camareras, vivir en un motel y tener novios de usar y tirar.

Y luego está la otra cosa que tenemos en común: Beck Rutherford. Pero ya te hablaré de él más tarde. No quiero que me odies nada más empezar.

Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿no? Lo que tú me pidas. Porque te quiero.

Mensaje de Tabitha Cousins a Mark Forrester,
23 de julio de 2018, 22:18.

OTROS TÍTULOS DE FANDOM BOOKS

Los niños de Willesden Lane
Mona Golabek y Lee Cohen

Tras las llamas
Will Hill

Internamiento
Samira Ahmed

Virtuales
Sarvenaz Tash

Reinas Geek
Jen Wilde

Estrella de mar
Akemi Dawn Bowman

Somos seres alados
Michelle Ruiz Keil

Like. Azul
Gemma Pasqual i Escrivà

Una sombra latente
Katharyn Blair

Llama al halcón
Maggie Stiefvater

El amor y otras maldiciones
Sandhya Menon

Cenicienta ha muerto
Kalynn Bayron

Fábulas feroces
Nikita Gill

Stay Gold
Tobly McSmith

*Este libro se terminó de imprimir el
25 de noviembre de 2020,
coincidiendo con la celebración del
Día Internacional de la Eliminación
de la Violencia contra la Mujer.*



#TÚHACESFANDOM

NO CREAS TODO LO QUE LEAS. JÚZGAME POR TI MISMO.

Un chico y una chica se internan en el bosque. Ella lleva una cesta de picnic. Él, unas zapatillas de deporte de color amarillo brillante. Solo la chica regresa. Todo el mundo cree saber lo que pasó. Algunos dicen que Tabby empujó a Mark por el acantilado. Estaba celosa. Luchaba contra más demonios de los que le correspondían. Otros piensan que Mark se cayó por accidente. Tabby lo amaba, nunca le haría daño... ni siquiera en el caso de que la hubiera hecho sufrir.

Todos hablan de ella se cuenta desde la perspectiva de todos menos de la propia protagonista. Su mejor amiga. Su hermana. Su enemiga. Su exnovio. Todo el mundo está convencido de que la conoce mejor que ella misma. Pero, ¿cuál es la verdadera historia?

«Un thriller psicológico electrizante,
con un ritmo magnífico». **Booklist**



FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es